

The background image shows a group of people sitting at a table, possibly in a meeting or workshop. The image is heavily stylized with a red and cyan color filter. The text is overlaid on the upper part of the image.

FILO EN LÍNEA

PENSAR LA VIRTUALIDAD

COMPILADORAS:
EUGENIA GAY
CELIA SALIT
ALICIA ACIN

Filo en línea.

Pensar la virtualidad

Eugenia Gay
Celia Salit
Alicia Acin

(Comps.)



Ser-cuerpo(s)-en-el-mundo; enredos creativos de cuerpos, afectos y tecnologías en tiempo(s) de pandemia

Por Sebastián Verón*

El espesor del cuerpo, lejos de rivalizar con el del mundo, es, por lo contrario, el único medio que tengo para ir hasta el corazón de las cosas, convirtiéndome en mundo y convirtiéndolas a ellas en carne.

Maurice Merleau-Ponty

Iniciando el recorrido...

Las nuevas tecnologías de la información y comunicación (TICs) han provocado, en el devenir de la pandemia, la emergencia de cientos de respuestas apresuradas para pensar las nuevas corporalidades emergidas; incluso, muchas de ellas alentaban a la postal más angustiante: cuerpos distantes, (des)afectados y sin posibilidad de encontrarse con “otros”. Sin embargo, el nacimiento de novedosas maneras de interacción en el “cibespacio” fueron propiciando, no solo, la generación de comunidades donde los cuerpos, los afectos y las tecnologías habilitaban el “enredo creativo desde la diversidad”, sino que, además, nos enfrentaba al desafío de tener que “alojar” las nuevas corporalidades-tejidas-en-el-mundo-virtual.

El surgimiento de preguntas novedosas fue la clave para ofrecer huellas, que no solo admitieran la incorporación de estrategias de vinculación que erosionen normas clásicas de pensamiento y reflexión en torno a las corporalidades, sino que también permitieran

*Psicodramatista. Psicólogo Social. Grupalista. Tesista de Licenciatura en Antropología (FFyH-UNC); adscripto en el Proyecto “Nos (otros) Divergentes. Propuesta Educativa” (Museo de Antropología, FFyH-UNC). Licenciado en Dirección de las Organizaciones de la Sociedad Civil (U.N.S.A.M.). Diplomado en Desarrollo Territorial (U.N.V.M). Promotor Teatral (U.P.M.P.M.). Coordinador General/Docente en Centro Psicodrama Grupal Argentina y en Escuela de Psicología Social “Enrique Pichón Rivière” del Chaco. Correo: sebas.ev1981@gmail.com

comprender la experiencia humana de vivir inmersos en mundos materiales y tecnológicos en donde las cosas¹ nos estructuran, atrapan, organizan y llegan en muchos casos a definirnos como sujetos sociales o, tal como señala Merleau-Ponty, el ser-en-el-mundo, en nuestra convivencia cotidiana con ellos.

En ese sentido, si bien la reunión de cuerpos -Humanos y no Humanos²- nos enfrentaba a novedosas maneras de sentir nuestra experiencia con el universo y la “presencialidad” con otros³, la práctica virtual, pensada en término de redes de relaciones sociotécnicas complejas en las que personas y cosas -en tanto actantes⁴- van conformando cadenas de acciones y “enredos” que se extienden más allá del lugar, fueron brindando pistas para (re)considerar el desplazamiento del cuerpo situado, localizado y territorializado a un cuerpo múltiple enmarañado y desterritorializado donde las mutuas afectaciones iban originando cambios en todos los que participaban de la reunión.

Considero que estos acontecimientos que la pandemia vino a develar y cuestionar nos desafían a reflexionar sobre la concepción

1 Según Tim Ingold, (Ingold T. 2010. Llevando las cosas a la vida: enredos creativos en un mundo de materiales) las cosas tienen capacidad de agencia; aficción que ensambla humanos y no humanos en contraposición a los objetos, que se oponen a nosotros y que las relaciones de dominación y subordinación son más acentuadas.

2 De acuerdo con Latour (2001), diferentes cosas humanas y no-humanas se van entramando constantemente dando nuevos sentidos a la experiencia-humana-en-el-mundo. En este caso podemos pensar cómo el sujeto, las cosas, los artefactos (como la computadora, el celular, etc.), el espacio, la temperatura, etc. constituyen una malla de sentidos en constante movimiento, en un continuum de producción-recreación, provocando afectos-efectos en la experiencia con el mundo.

3 Utilizaremos la noción “otros” para referirnos a lo humano y no-humano a lo largo del texto.

4 De acuerdo con Latour (1992), la categoría “actante” hace referencia a que los artefactos pueden “hacer cosas”. Según el autor, aquello que hacen estos agentes materiales, además de determinar y servir como telón de fondo de la acción humana, es “autorizar, permitir, dar los recursos, alentar, sugerir, bloquear, influir, hacer posible, prohibir, etc”, es decir, privilegiar ciertos programas de acción y obstaculizar otros. La acción, insiste Latour, no es solamente una condición de los humanos sino de una asociación de actantes.

mecanicista del mundo para ensayar estrategias creativas que nos permitan devenir cuerpo(s) desde la multiplicidad; enredados de afectos y tecnologías en tiempo(s) de confinamiento.

(Des) enredando algunas preguntas...

Este tiempo de pandemia y virtualización del mundo, el acto de vivir desde lo colectivo fue convirtiendo los cuerpos en una experiencia inédita, nueva y excepcional para la cual no estábamos preparados. En tal sentido, el ejercicio de (re)vitalizar la experiencia con los otros, nos ha enfrentado a grandes tensiones y dificultades para albergar y valorizar la gama de prácticas humanas y no-humanas surgidas en ese encuentro.

Considerar el/los cuerpos(s), sus posibilidades, potencialidades y desafíos en tiempo(s) de epidemia no implica de ninguna manera retornar a las prácticas tradicionales y clásicas en las que lo corporal se asentaba, sino más bien intentar (re)inscribirla en los territorios actuales. Los diversos acontecimientos ocurridos desde la expansión del COVID-19 en el mundo, ha (des)dibujado la corporeidad de una manera sorprendente empujándonos a novedosas maneras de hacer y ser-cuerpo-junto-a-otros. De hecho, el cuerpo ha devenido en una multiplicidad de formas, procesos y (des)alojos, donde lo conocido y aprendido, en muchos casos, se ha visto resistente a lo novedoso y lo inesperado, pues el cuerpo no es teoría ni literatura, no es límite, y mucho menos nos separa, sino que representa el “lugar de encuentro por excelencia” que dota de sentido nuestra experiencia con todo lo que nos rodea; por lo tanto, lo aprehendemos y construimos constantemente en la misma acción, en la que el ensamble “entre” cosas heterogéneas hace posible tal evento.

En ese mismo orden de ideas, experimentar lo desconocido, indudablemente, permite adentrarnos a nuevas aventuras, donde la capacidad creativa de nuestro cuerpo puede develar su mayor esplendor alojando lo extraño, (re)conociéndolo como cercano y propio, y componer junto/con él. Pero el devenir de la pandemia ha anulado, y de manera insistente, muchas corporalidades presentes que fueron ganando lugar en el tejido diario de la vida, incluso se ha discutido apasionadamente sobre la legitimidad de las prácticas

mediadas por las tecnologías; si el cuerpo mediado por las computadoras, por ejemplo, era válido para generar un tipo de encuentro de enseñanza-aprendizaje o si eso que estaba ocurriendo “entre” cuerpos y tecnologías podría habilitar la emergencia de afectos, historias y sentidos.

En el mismo camino, la utilización de las TICs en época de pandemia ha sido relegada -por numerosos discursos oficiales, medios de comunicación masiva, trabajos, teorías y por una perspectiva hegemónica de gran difusión- a una especie de detenimiento o “ausencia”; de pausa y espera hasta que toda la dinámica “presencial” y “viva” regrese a la “normalidad” para seguir existiendo. Todo esto en contraste con los enredos surgidos en ese enmarañamiento de personas y cosas, es decir, de aquello que según Latour (2013) “circula” y, en particular, de cómo los “enredos” de cosas y vida que se van produciendo de forma creativa y en todas direcciones (Hodder, 2012), originan historias que, a su vez, se entrelazan con más cosas y personas (Ingold, 2007), haciendo del cuerpo-mundo una continuidad.

¿Qué actantes intervinieron en las diversas estrategias que se fueron desplegando en el devenir de la pandemia e hizo posible el despliegue de las nuevas corporalidades? ¿Qué lugar tuvieron, en los procesos virtuales, las cosas, los objetos, los afectos, el tiempo y el espacio en las prácticas, discursos y sostenimiento de los encuentros? ¿Qué itinerarios se tejieron y enredaron entre lo humano y no-humano? ¿Qué sucedió con los cuerpos y su presencia-ausencia durante la cuarentena?

Explorar, tensionar y reflexionar sobre las diferentes corporalidades emergidas en lo virtual permite, por un lado, pensar en las interrelaciones tejidas en las que se yuxtaponen diferentes prácticas de sujetos diversos; y claro, no es tarea fácil. Afortunadamente, la Antropología -una posible pista- nos propone adentrarnos en algunas de las transformaciones y movimientos que fueron ocurriendo y que posibilitaron -o no- incorporar la experiencia del cuerpo en el mundo de la posmodernidad. En tal sentido, la multiplicidad de perspectivas que también nos invitan a pensar los afectos, las tecnologías y las cosas, permiten vislumbrar la experiencia humana de vivir sumergidos en universos en donde los enredos producidos nos estimulan a un pensamiento desde lo vincular, (re)conociendo la al-

teridad que en nosotros habita y los modos en que nos mezclamos con nuestro entorno humano y no humano deviniendo comunidad.

El cuerpo humano y No-Humano en la configuración de la experiencia del mundo

Desde diferentes enfoques, la antropología contemporánea está intentando indagar y superar determinados dualismos⁵ invitándonos a pensar en relaciones simétricas, y a construir marcos conceptuales y metodológicos que consideren la interacción recíproca entre humanos y no humanos para sostener la vida. Cabe resaltar la perspectiva propuesta por Bruno Latour que podría ser de utilidad para dar cuenta de estos particulares “ensambles” de agencias diversas. En su propuesta de una antropología simétrica (2007) y en su teoría del actor-red (2008), establece una serie de vectores metodológicos y epistemológicos para orientar la exploración hacia una descripción de lo social que (re)incorpore el lugar fundamental que las agencias no-humanas tienen en las redes que lo constituyen. El resultado de tal perspectiva es que hechos y acciones que tradicionalmente eran imputados a actores humanos, aparecen ahora relacionados a elementos no-humanos (Latour, 2008).

En ese camino, comprender la experiencia corporal-afectiva de vivir inmersos en mundos materiales representa un interesante entrenamiento para pensar las maneras específicas en que los artefactos, los objetos y las tecnologías reconfiguraron los modos de hacer-cuerpo en la nueva espacialidad (re)definiendo lo vincular. Nos dice Denise Najmanovich (2001: 2) “Los mapas conceptuales del mecanicismo ya no resultan útiles. Necesitamos nuevas cartografías, y sobre todo nuevas formas de cartografiar: debemos buscar otros instrumentos conceptuales y crear nuevas herramientas que nos permitan movernos sobre territorios fluidos”. De hecho, la tecnología, ha tenido -y aún tiene- un lugar preponderante en las dinámicas vinculares, no sólo mediando las relaciones en el contexto de pandemia, sino también participando activamente de dichas relaciones. Cabe destacar que las TICs se expandieron notoriamente en el transcurrir del tiempo, introduciéndose e imprimiendo su sello

5 Ver, por ejemplo, Ingold (2005), Viveiros de Castro (2010).

propio en los varios e inimaginables territorios. Asimismo, la multiplicidad de dispositivos electrónicos ha develado e interpelado las maneras de conectarse, producir, jugar, trabajar, construir relaciones, afectarse y, sobre todo, corporeizar las nuevas experiencias en el devenir de la vida.

Con respecto a lo mencionado anteriormente, es pertinente recuperar a Ingold. (2011) para pensar la “vida” en términos de líneas y flujos, en los que la materia, indistintamente biológica y cultural, pulsa sin continentes. Como él mismo afirma, “la madera está viva, respira, precisamente porque el flujo de los materiales atraviesa su superficie” (2011: 28). Por lo que un objeto, una persona, un organismo vivo, es un entramado dentro de un entramado que está tejiéndose y retejiéndose continuamente. Pensar que las cosas y los sujetos encarnan una malla y se presentan en las líneas de otros entramados nos permite visualizar un mundo dinámico y versátil.

Continuando, la experiencia del cuerpo-en-el-lugar-ensamblado⁶ entre cosas, afectos y tecnologías nos invita a recuperar los diferentes giros que desde la Antropología posibilitaron pensar las relaciones del humano-naturaleza, humano-cultura material, etc. tensionando las zonas del saber al poner en discusión las configuraciones y las formas en que los diversos actantes se vinculan, otorgan sentidos a las prácticas y organizan el mundo para habitarlo. Entonces, ¿Qué es un cuerpo? ¿Qué técnicas hacen a un cuerpo? ¿Cuántos modos hay de hacer cuerpo? ¿Cuántos mundos se despliegan al experimentar la corporalidad? ¿Nos podemos sacar el cuerpo? El tejido de cuerpos humanos y no-humanos en pandemia, ¿Hizo posible la convivencia y/o competencia de los cuerpos?

Sin la pretensión de responder estos interrogantes, ya que exigen un ejercicio arduo y complejo que vaya acompasado de los contextos de disputas, luchas y resignificaciones en los que se inscribe, me parece importante en este escrito inaugurar pistas que no capturen

⁶ Hamilakis (2013:126) Define el caso particular de los ensamblajes sensoriales como “la presencia contingente de elementos heterogéneos como cuerpos, cosas, sustancias, afectos, memorias, información e ideas”, donde los flujos e intercambio sensoriales son parte del ensamblaje y aquello que lo mantiene junto. Esta idea permite una entrada distinta al campo de estudio y a la construcción de las narrativas.

nociones y conceptos, sino que los ponga a rodar y navegar las múltiples maneras de cohabitar la experiencia en el mundo.

Si bien, hace varias décadas, el despliegue de pensamientos dinámicos y potentes comenzó a romper ciertas miradas dualistas y dicotómicas, muchas de las redes construidas en torno a la experiencia humana con los cuerpos, objetos, espacios, tiempos, etc. fueron sometidas a grandes presiones interpretativas en el que perspectivas hegemónicas no sólo cambiaron nuestras formas de anidar el mundo, sino que además, escindieron al sujeto de su cuerpo y a la corporalidad de lo colectivo privilegiando la separación y alentando la estabilidad, lo estético y la simplicidad mecánica por sobre la complejidad de la vida. Nos recuerda Najmanovich (2001: 3): “El cuerpo es nuestra sede de afectación y el territorio desde el cual actuamos. No es solamente un cuerpo físico, ni meramente una máquina fisiológica, es un organismo vivo capaz de dar sentido a la experiencia de sí mismo”.

Dar cuenta del embrollo de la vida, en términos de movimientos y apertura, no de clausura (Ingold, 2012), nos coloca en un nuevo paisaje en pandemia, por lo cual las herramientas conceptuales deben incluir novedosas articulaciones, reflexiones y caminos que contengan a otros seres y entidades con los que estamos intensamente ligados y afectados. Del mismo modo, habitar el mundo, a diferencia de ocuparlo, es también poner en crisis numerosas operaciones clásicas en las que las cosas, las tecnologías y los afectos, no representan el decorado o telón de fondo de la vida, sino más bien, forman parte de la interacción e interjuego vincular cotidiano en donde se van produciendo las transformaciones, mutaciones y devenires, al igual que nuestras corporalidades. Como resalta Merleau-Ponty (1992: 227) “Si el cuerpo puede simbolizar la existencia, es porque la lleva a cabo y porque es su presente”

Diversos discursos encarnados por instituciones (privadas, estatales, de la sociedad civil, etc.) corrían día y noche por los circuitos de la vida acentuando las distancias, ausencias y (des)encuentros con los otros. Si bien el aumento de las distancias era algo que estaba aconteciendo, podemos pensar que no era tal como lo fueron concibiendo muchos colectivos, sino que los modos de la presencia también estaban mutando. Dicha experiencia o existencia-corporal

en pandemia nos permite pensar a un sujeto situado en un paisaje, cuya extensión será tan amplia como la experiencia sea capaz (Merleau-Ponty, 1993). Los cuerpos cambian las formas de vincularse con los otros -humanos y no humanos- y la geolocalización también se fue modificando y adaptando a los desconocidos entornos. El virus no sólo vino a cuestionar la concepción mecanicista del mundo, sino que, además, representó una oportunidad para pensar y rehabitar la experiencia desde la dinámica vincular múltiple desde donde tejer(-nos) cooperativamente.

En este contexto debe considerarse que son escasas, o pocas difundidas, las iniciativas que pongan en valor otros aspectos y otras lecturas de dichos enredos, saliendo de muchos enfoques de “cristalización” y dando lugar, en cambio, a entendimientos sobre cómo los cuerpos humanos y no-humanos se afectan asiduamente para hacer posible la “vida-en-pandemia”, con sus vínculos, derivas, cambios y continuidades. Es por ello por lo que resulta interesante considerar las “cadenas de asociaciones de Humanos y No-Humanos” (Latour, 1991:110) que fueron emergiendo, poniendo en valor versiones identitarias, narrativas y recursos locales en los que se condensan múltiples identidades y sentidos que son activados constantemente por los diferentes actantes. Por lo tanto; “dentro de la maraña de senderos o fibras entrelazadas, continuamente deshilachándose aquí e hilándose allá, los organismos crecen o «proceden» a lo largo de las líneas de sus relaciones” (Ingold, 2011: 70-71). De este modo, este “enredo” (entanglement) producido en los diversos procesos colectivos en entornos virtuales sería de gran utilidad para comprender y alojar las relaciones entre humanos y cosas (Hodder, 2012; 2014) en su carácter constitutivo, fluido, dinámico y cambiante donde la corporalidad también fue parte de ese entramado. Considerando lo antes dicho es que podemos pensar que ser-cuerpos-en-el-mundo involucra distintos modos, estrategias y relaciones entre personas, afectos y cosas que permiten sostener y reproducir la “vida”. Además, es importante considerar también que los enredos disparan una multiplicidad de “afectos”. Según Hamilakis (2015): “el afecto (affect) en lugar de emoción, aprovecha al máximo el potencial de la palabra para funcionar como verbo y sustantivo. Como tal, omite la división sujeta/objeto, y se conecta con el campo sensorial como un espacio

de flujos y encuentros, como una “zona de contacto sensorial” ... el afecto implica vínculos y relaciones colectivas, evocando el estar en el medio (in-betweeness) ... Es a través de la afectividad que los flujos e interacciones sensoriales animan la carne del mundo” (Hamilakis 2015:45). Es decir que los afectos emergidos nos permitieron ser “tocados”, ser “movidos”. Por estos motivos tienen el potencial para seguir pensando las experiencias que realizamos habitualmente en nuestros hogares, ensayando nuevas corporalidades, entramándonos con las cosas y dando nuevos sentidos a lo acontecido. Como nos dice Hamilakis (2015: 50), “una experiencia vivida y sentida en donde intervienen la práctica sensorial y afectiva, entretejida con las demás prácticas incorporadas”.

(Re) ensamblar el cuerpo, nuevas experiencias...

La experiencia territorial en pandemia ha puesto en crisis muchas operaciones clásicas por las que nos hemos regido mucho tiempo. Mis actividades profesionales en el campo de lo grupal, a la par de mis responsabilidades con el quehacer psicodramático y mis prácticas, como tesista en el campo antropológico, me llevaron a enfatizar cada vez más en el cuerpo no solo como posibilidad de encuentro con los otros, sino que, recuperando los aportes de Najmanovich (2001), como interfaces mediadoras y sistemas de intercambios que se caracterizan por una permeabilidad diferencial; es decir, que su dinámica y funcionamiento va a surgir de acuerdo a la dinámica vincular que se esté tejiendo. En este sentido, si bien, lo corporal, a lo largo del tiempo ha sufrido varios avatares en el campo mundial, sus acepciones, representaciones y dislocaciones ocurridas en tiempo de pandemia son el resultado de esas luchas, disputas y problematizaciones emergidas y que aún dificultan, resisten y en muchos casos anulan el enredo creativo entre cuerpos humanos y no-humanos.

La experiencia corporal ha ido mutando, cambiando y modificando las relaciones vinculares con el mundo al igual que el virus, por ello, algunas definiciones o (pre)nociones sobre el/los cuerpo/s, al igual que muchos discursos acerca del cuerpo presente/ausente, cuerpo real/virtual merecen ser atendidas, (de)construidas, pensadas y problematizadas en términos vinculares y siempre, en clave de

encuentro. Como expresa Najmanovich (2001: 4): “Desde esta perspectiva vincular, el cuerpo no existe independientemente de nuestras vivencias, creencias, experiencias, no flota inmaculado en la eternidad, sino que es forjado en la historia humana que transcurre siempre en un ambiente poblado de otros seres y entidades con los que estamos profundamente entramados”.

En medio de muchas concepciones de lo corporal, me parece interesante seguir pensando y reflexionado acerca de las dislocaciones y avances que fueron ocurriendo en el devenir de la pandemia permitiendo introducir nuevos elementos a nuestra vida. Pero, además, estar atentos a los saberes corporales que acontecen en el mismo tejido en donde la coexistencia de cuerpos humanos y no-humanos amplían y extienden magníficamente la experiencia de vida, acercándonos y posibilitando ensayar nuevas formas de hacer-cuerpos-en-el-mundo. Como notarán, las definiciones tienen la intención de describir y mostrar qué es una cosa, en qué consiste o en qué se diferencia de las otras, pero, muchas veces, tales acepciones atrapan o sintetizan la experiencia humana y la complejidad de la vida. La invitación es a (de)morar/nos en dichas experiencias y dejarnos afectar por lo que está aconteciendo para arrebatar lo que sea útil y seguir componiendo, sin reducir, explicar o definir nada, sino más bien, buscar pistas que inspiren novedosos encuentros -superando nociones y conceptos conocidos- en donde lo corporal no represente el límite, el final o fondo del encuentro con los objetos tecnológicos, localizaciones físicas y espaciales, sino más bien, desvanezca los medios por los cuales estamos vinculándonos, estimulando el devenir de la vida.

Bibliografía

Hamilakis, Y. (2015) Arqueología y sensorialidad. hacia una ontología de afectos y flujos. *VESTÍGIOS – Revista Latino-Americana de Arqueología*, Vol. 9, N° 1.

Hamilakis, Y. y Jones, A. M. (2013). *Archaeology and Assemblage*. En *Cambridge Archaeological Journal* 27.

- Hoddder, I. (2012). *Entangled: An Archaeology of the Relationships between Humans and Things*. Oxford: Wiley-Blackwell.
- Ingold, T. (2013) The maze and the labyrinth: reflections of a fellow-traveller En *Relational Archaeologies. Humans, animals, things*. Edited by Christopher Watts. Routledge. Traducción: Andrés Laguens, octubre 2019.
- Ingold, T. (2012) Toward an Ecology of Materials. En: *Annual Review of Anthropology* 2012, vol. 41:427-42. Traducción: Andrés Laguens, febrero 2014.
- Ingold, T. (2011). Llevando las cosas a la vida: enredos creativos en un mundo de materiales [Bringing Things to Life: Creative Entanglements in a World of Materials En *Realities Working Papers* #15, www.manchester.ac.uk/realities. Traducción: A. Laguens, octubre 2011.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ed. Manantial.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Editorial Siglo XXI.
- Latour, B. (2001). *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Merleau-Ponty, M. (1993) *Fenomenología de la percepción*. Madrid: Editorial Planeta-De Agostini. Traducción de Jem Cabanes.
- Merleau-Ponty, M. (1992). *El Ojo y el espíritu*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Najmanovich, D. (2001). Del cuerpo máquina al cuerpo entramado. *Revista Campo Grupal* N° 30, Buenos Aires.